

emociones: la luz lo inunda, rebosa en delicias, la gracia lo conforta: todo lo que puede contemplar arrebatada su admiracion; y lo suspende en éxtasis de amor; todo es hermoso, grande, sublime; ménos el hombre mismo cuya nada está palpando, si pudiera decirse, en toda su extension.

Esta nada es la que hoy dirígese al Señor para glorificarlo y bendecirlo: El polvo y la ceniza hablan al Eterno. (1) En el presente libro tenemos por objeto dar gloria á la Santa y Adorable Trinidad, el bien de nuestros hermanos, y rendir un testimonio á la faz del mundo entero, de nuestra fe y del amor que profesamos á ese inefable misterio. Ofrecemos al Señor nuestro humilde trabajo por las manos de la Inmaculada Madre, la hermosa Vírgen de nuestro amor, inviolable santuario de la misma Divina Trinidad.

(1) Gen. XVIII. 27.

CAPÍTULO I.

DIOS, SU SANTO NOMBRE.

El Sér por esencia, que tiene en Sí mismo la fuente de la vida, el Invisible, el Inmenso; Aquél á quien nadie puede comprender; incircunscripto, inmutable, incorpóreo, inmortal; presente en todas partes; mas siempre oculto á las miradas de los hombres, y al que ninguno de éstos ha llegado á ver, ni tampoco puede conseguirlo; cuyo es el honor y el imperio sempiterno. [1] Dios que llena los cielos y la tierra, está sobre todas las criaturas, rigiéndolas con glorioso y soberano mando; y está debajo de ellas sosteniéndolas con infatigable y gran virtud. Dios que se halla fuera de todas las cosas; pero no excluido; dentro de éstas, mas no encerrado en sus estrechos límites; en quien vivimos, nos movemos y existimos; [2] Dios que dice de Sí mismo: Yo soy el Señor, y soy inmutable. [3] Por debajo de su trono, despliega el tiempo sus alas, y va arrollando los siglos; atras deja lo pasado, apenas toca el presente, y sin pasarse un momento, avanza á lo porvenir; y hácia el fin de su carrera sintiéndose fatigado, vuelve sus ojos á Dios, y conoce que ni un solo punto, se pudo alejar de sus piés; y escucha una voz que dice: El fin del tiempo ha llegado. [4] Y sólo Dios reinará para siempre.

Él sólo es inmortal por su esencia, y habita una luz inaccesible; [5] y es vida perpétua; que vive en Sí mismo; que todo lo vivifica y lo entiende todo; que ha cria-

Padre Felipe Castañón

(1) I Tim, VI, 16. (2) Act. XVII, 28. (3) Malac. III, 6. (4) Apoc. X, 6. (5) De Essentia Divinitat. Int. Oper. D. Augut. t. 8.

do toda inteligencia; sábio, y la misma sabiduría; verdad que no se muda, justicia indeclinable, suma virtud, perfecta bondad, cuya divina y eterna grandeza bendecimos: inmenso, y para quien todo existe. Dios, puro, íntegro y perfecto; sin forma visible, sin apariencia corporal, sin composicion de partes; bueno por su misma esencia, grande sin dimension; que todo lo dispone como sabiduría, lo ejecuta como virtud, ama como caridad, revela como luz, tiene compasion como piedad, sabe como verdad, juzga como equidad, preside como eterna y gloriosa majestad: cuya grandeza ni siquiera vislumbramos, sino humillándonos á nuestros propios ojos. [1]

¡Oh, cuánta gloria y majestad descubrimos en el adorable é infinito Sér en cuya contemplacion nos ocupamos! ¡Cómo ántes de levantar los ojos á su trono glorioso y deslumbrante, no habríamos de doblar la rodilla delante de su inmensa grandeza, y pegando nuestra frente con el polvo no exclamar: Amen. Bendicion, y gloria, sabiduría, y accion de gracias, honra, y poder, y fortaleza á nuestro Dios por los siglos, de los siglos, Amen. (2) Al Rey de los siglos, inmortal é invisible, al sólo Dios sea dada la honra y la gloria por siempre jamas, Amen! (3)

El corazon se ha desahogado al bendecir á nuestro Dios. La grandeza, el poder, la majestad, la virtud, la justicia y la infinita santidad de la divina esencia nos tenia oprimidos: y ¿quién es el hombre para sostener todo el peso de la inmensa gloria del Altísimo? Mas lo bendecimos, lo amamos, lo adoramos, y así ya no se sien-

(1) D. Bernard De amore. Dei. L. 3. c. 10. (2) Apoc. VII, 12.
(3) I. Tim. I. 17.

te aquel terrible peso que creíamos ántes que oprimia nuestra alma.

¿Cuál es el nombre de ese Sér divino que adoramos? Elohim, Dios, hé aquí el primer nombre del Señor que hallamos en los libros santos, y que nos revela su grandeza y majestad. (1)

Encontramos este nombre unido al relato de la creacion: En el principio crió Dios, decia Moises, el cielo y la tierra. Hé allí las dos brillantes páginas del libro de Dios, donde de dia y de noche está leyendo el corazon, la magnificencia y la grandeza de su autor divino ¡Oh Señor, exclamaba el Rey David, Tú eres el que al principio criaste la tierra: los cielos obras son de tus manos. Te has engrandecido poderosamente. Revestido estás de gloria y majestad; cubierto de luz, que te rodea cual magnífico ropaje. Extendiste los cielos como un pabellon, y los cubriste de aguas en su parte superior. Haces de las nubes tu carroza: vuelas sobre las alas de los vientos. Haces que tus ángeles sean veloces como los vientos, y tus ministros activos como fuego abrasador. Cimentaste la tierra sobre sus propias bases: no se ladeará jamas. Hallábase cubierta como de una capa, de inmensas aguas; sobrepujaban éstas los montes. Á tu amenaza echaron á huir amedrentadas con el estampido de tu trueno. Alzanse los montes y descenden los va-

(1) Nomen plurale Elohim cum verbo singulari conjunctum non multitudinem, sed excellentiam significat. Veith. Singularis casus est Elhoa. Calmet, Diccionar.

les, (1) al lugar que les estableciste. Fijaste á las aguas un término, que no traspasarán: y no volverán á cubrir la tierra. Tú haces brotar las fuentes en los valles y que filtren las aguas por en medio de los montes. Beberán todas las bestias del campo, á esas aguas correrán acosados de la sed los asnos monteses. Junto á ellas habitarán las aves del cielo, que rompiendo el aire con su dulce canto, alegran la atmósfera desde las peñas y árboles en que tienen su alvergue. Vos, Dios mio, regais los montes con las lluvias que enviáis del cielo fertilizando con ellas la tierra, para que produzca sus frutos en toda sazon y abundancia. De ellas haceis crecer el heno para alimento de las bestias, y las legumbres y verdura para el uso de los hombres. De la misma sacais tambien, el trigo que mantiene y da fuerza al hombre; y el vino que recrea y alegra su corazon. El aceite con que húngiéndose, pone brillante y alegre su rostro, y da vigor á sus cansados miembros; y todo género de alimentos con que repara sus enflaquecidas fuerzas. Concedéis, asimismo, copiosísimo riego á los árboles del campo, y los elevados cedros del Líbano que plantaste con tu misma mano. En ellos las aves fabrican sus nidos: la cigüeña les sirve de guia, formando su nido sobre altos lugares: á los ciervos, de guarida les sirven los montes, y los erizos y conejos se refugian en las rocas. Son obras de vuestra mano el sol y la luna; ésta distingue los tiempos con su menguante y creciente, y aquél alumbrá la tierra de Oriente al Ocaso.

(1) Ascendunt montes et descendunt campi. Parece indicada en estas palabras una de las más recientes teorías de los geólogos modernos.

Las tinieblas siguen á la luz, y entre los pliegues del manto de la noche, las fieras salen de los bosques á buscar con que vivir: corren hambrientos los cachorrillos de los leones, y con sus rugidos claman á Vos, por alimento. Despunta el sol en el Oriente y todas las bestias se retiran á sus cuevas. Y el hombre sale á sus trabajos hasta que las sombras descienden de los altos montes.

¿Quién, despues de esto, oh Dios mio! no queda absorto, contemplando la grandeza de tus obras? ¿Quién no admira la sabiduría con que las criaste? Todas las obras de tus manos publican tu grandeza: ese profundo y dilatado mar, lleno de peces, grandes y pequeños, y cercado de escuadras numerosas de navíos; y donde criaste la ballena y los monstruos marinos para que se burlasen del furor de las olas..... Todas las criaturas, de Vos están pendientes, y vuelven los ojos para miraros, pidiendo que les deis sustento; y al dárselo acuden luego á recogerlo, y quedan satisfechas; mas si apartais vuestro divino rostro, si cerrais la mano, quedarán turbadas: sin aliento, y volverán al polvo de donde han salido: y si mandais vuestro Espíritu la creacion se alegrará, vendrán á luz nuevas criaturas y la faz de la tierra quedará renovada.

Sed, pues, glorificado Señor omnipotente, por todos los siglos, y complaceos en vuestras obras. Entre tanto, yo cantaré vuestra gloria durante mi vida, y os alabaré mientras tenga sér. Recibe con agrado mis palabras, Tú Señor, que formas mi encanto y mis de-

licias. (1)

No sólo, pues, los cielos, también la tierra canta dulcemente la gloria del Señor. Y ¿por qué nosotros, en medio de ese general concierto, habríamos de estarnos como mudos para no decir una palabra en alabanza de tan gran Señor? ¿cómo permanecer firmes é insensibles sin dejarnos arrastrar entre las ondas de los impetuosos ríos de bendición y gloria, que saliendo del seno de todas las criaturas, y cruzando el mundo en todas direcciones, entran confundidas en el piélago insondable de la eterna grandza del Señor? ¡Oh Señor! de todas las coyunturas de mis huesos saldrán voces que digan: ¿Quién hay semejante á Ti? (2) ¿Quién hay en los cielos que pueda igualarse con Vos? ¿quién entre los hijos de Dios es semejante al Eterno, á quien ensalza y glorifica toda la corte de los santos; grande y terrible sobre todos los que asisten en su rededor? ¿Quién como Tú, oh Señor, Dios de los ejércitos? Poderoso eres Señor, y está siempre en torno de Ti, tu verdad. Mandas al mar, y el mar te obedece, y amansa ó encrespa sus olas según tu querer. Tuyos son los cielos y tuya la tierra; Tú fundaste el mundo y cuanto él contiene: Tú criaste el Aquilon y el Austro; El Tabor y el Hermon saltarán de gozo en tu nombre. Lleno de fortaleza está tu brazo. (3)

Ahora bien, en ese brillante y magnífico palacio cuya hermosura hemos contemplado, ¿acaso no escuchamos una voz que nos habla á la inteligencia y al corazón? ¿qué nos enseña acerca de su divino Autor? Oiga-

(1) Ps. C. 1, 36. - C. III, Per tot. Paraf. (2) Id XXXIV, 10.
[3] Id LXXXVIII, 7 et seq.

mos lo que nos dice el libro de la Sabiduría: Vanidad y no más, son ciertamente todos los hombres en quienes no se halla la ciencia de Dios; y que por los bienes visibles no llegaron á entender el Sér supremo; ni considerando las obras, reconocieron su divino Artífice; sino que se figuraron ser el fuego, ó el viento, ó el aire ligero, ó las constelaciones de los astros, ó la gran mole de las aguas, ó el sol y la luna los dioses gobernadores del mundo. Que si encantados de la belleza de esas cosas las imaginaron dioses, debieron conocer cuanto más hermoso es el dueño de ellas; pues quien las crió es el autor de la hermosura. Ó si se maravillaron de la virtud é influencia de estas criaturas, entender debían por ellas, que Aquél que las crió las excede en poder. Pues de la grandeza y hermosura de las criaturas se puede venir con claridad, en conocimiento de su Criador. [1]

La hermosura de Dios. Su vista arrebatada y suspende en éxtasis de encanto á los ángeles del cielo; son dichosísimos con ver á su Criador: abímanse en el piélago insondable de la sabiduría divina donde encuentran el principio y la razón de la hermosura; y atónitos contemplan de hito en hito en Dios mismo, la inefable y santísima belleza de este Gran Señor. Si despues quieren ver la propia suya, la luz que los alumbraba es semejante á la pálida luz de la tarde, y por eso vuelven luego sus miradas al foco de la más espléndida y hermosa, que es Dios mismo.

El hombre no puede contemplar, acá en la tierra, la hermosura del Señor, pues ahora no lo vemos sino como en un espejo y bajo imágenes oscuras..... y no lo

(1) XIII, 1, - 5.

conocemos sino imperfectamente; (1) por esto suspiramos con tristeza, acá en el mundo, llorando nuestra suerte. ¡Ay de mí, que se ha prolongado mi destierro.....! Largo tiempo ha estado mi alma peregrinando. (2) También por esto exclamamos con abrasadas y amorosas ansias: Como brama el sediento ciervo por las fuentes de las aguas: así, oh Dios, clama por Ti el alma mía. Sedienta está mi alma de Dios fuerte y vivo. ¡Cuándo será que yo llegue, y me presente ante la cara de Dios! Mis lágrimas me han servido de pan día y noche, desde que me están diciendo continuamente: ¡Y tu Dios dónde está? Tales eran los recuerdos que venían á mi memoria: y ensanché dentro de mí mi espíritu porque yo he de llegar, dije, al sitio del admirable tabernáculo, hasta la casa de mi Dios en donde sólo se oyen voces de alegría, y de alabanza, y de festivos coros, que celebran las fiestas del Eterno. (3)

Entre tanto es para nosotros este mundo, un desierto sin agua y sin camino, (4) desierto en que á proporcion que vamos avanzando siéntese oprimida más y más el alma.

¡Hermosura de Dios, en pos de Ti va anhelando el alma mía; arrebatáanos con tus dulces y amorosos atractivos!

El espléndido palacio de que ya hemos hablado, révelanos también, las relaciones que tenemos con nuestro adorable Dios, como Criador: ¡cuáles son éstas? La gratitud y la ternura, y la entera consagración á su

(1) I. III Cor, 12. (2) Ps. 119, 5, 6. (3) Id XLI, 2, - 5. (4) Id LXII, 3.

servicio. Nos ha sacado de la nada, por el consejo de su amorosa y divina voluntad: nos eligió ántes de la constitución del mundo, para ser santos y sin mancha en su presencia por la caridad; habiéndonos predestinado al ser de hijos suyos adoptivos por Jesucristo, á gloria suya, por un puro efecto de su buena voluntad, á fin de que sea celebrada la gloria de su gracia, mediante la cual nos hizo gratos á sus ojos en su querido Hijo. [1] La gracia, la buena voluntad de Dios, los adorables designios de su amor, hé allí por qué motivos hemos salido de la nada; ¿Dónde están nuestros méritos para que Dios nos diera la existencia; ó pudiéramos tener algunos, ántes de vivir?

Y no ha querido nuestro amable y generoso Dios, darnos la presente vida como el término de nuestra dicha; mas se ha extendido, aquél amoroso designio de que hablamos, á un fin más noble y duradero; en este mundo la santidad, y allá en el otro la inmortal corona, una eterna dicha, que el hombre no puede comprender. Para su gloria, el Eterno bastábase así mismo; por esto llámase también en los sagrados libros: Sadai; [2] mas con todo, quiso derramar en nosotros, las riquezas de su gracia, y hacernos muy dichosos señalándonos elevado y santísimo destino. ¿Cómo pudiera el hombre no alabar la mano del Señor que le ha sacado del seno de la nada? ¿cómo no detenerse á contemplar el abrasado y generoso amor que Dios le tiene? ¿Y pudiera ahogar ó comprimir dentro del pecho, los nobles sentimientos que la ternura y gratitud le inspiran?

Es, pues, indispensable derramar el alma entera, en

(1) Ephes. I. 4. - 6. (2) Calment. Diccinar. V. Deus.

la presencia de nuestro dulce y amoroso Dios; es indispensable descubrirle el vivo reconocimiento y el cariño inmenso de nuestro pobre y humilde corazón.

No son la gratitud y la ternura, las únicas fibras del corazón que se han estremecido de consuelo y gozo al pensar en nuestro Criador Divino. La humildad, la humildad también, pegando su frente con el polvo, queda santamente confundida al ver que Dios ha puesto en el hombre sus miradas y su amoroso y tierno corazón. Las naciones todas, son delante del Señor, como una gota de agua de un cántaro, y como un pequeño grano en la balanza. Asimismo las islas son como un granito de polvo. Cuantos árboles hay en el Líbano no bastarían para encender el fuego de su altar; ni todos sus animales, para ser un holocausto digno de Él. Todas las naciones son en su presencia como si no fueran; y como una cosa que no existe. (1) Y si la humildad, otra vez contempla su tristísima pobreza, exclama llenándose de asombro. ¡Tú, Señor, te dignas volver los ojos hacia el hombre, que no es sino podredumbre, y un gusano que se arrastra por el suelo? (2)

¡Cuán grande es el Señor! Sin embargo, su grandeza está llena de benignidad y de clemencia; nos trata siempre cual amoroso y tierno padre. Sentid bien del Señor. [3] Nuestros pensamientos deben ser, al dirigirse á Dios, muy elevados, llenos de piedad y de pureza: tenemos que bajar la frente delante de ese Altísimo Señor; mas también debemos dilatar el corazón, viendo su inefable y dulcísima piedad; y humillándonos de nuevo, tenemos que adorar y bendecir, su santidad inmensa. [4]

(1) Isa. XL, 15-17. (2) Job. XIV, 3.-XXV, 6. (3) Sap. I, 1.
(4) D. Bonav. Serm. Dom. infr oct. Epiph.

El corazón más abatido se alienta y consuela recordando estas palabras de los libros santos: Compasivo es el Señor y benigno, tardo en airarse y de muchísima clemencia..... Cuanta es la elevación del cielo sobre la tierra, tanto ha engrandecido Él su misericordia, para con aquellos que le temen..... Como un padre se compadece de sus hijos, así se ha compadecido el Señor de los que le temen: porque conoce bien la fragilidad de nuestro ser. Tiene muy presente que somos polvo: y que los días del hombre son como el heno: cual flor del campo así florece, y se marchita. [1]

Bendita, pues, mil veces, la humildad que nos rinde ante el trono del Eterno, y que llena el alma de paz y de consuelo.

Adonai: [2] Mi Señor. Este adorable nombre que la Escritura da tantas veces al Eterno, nos revela su augusta Majestad y el soberano imperio que tiene sobre nosotros; y cuando á la luz de esta verdad, dirigimos á Dios, nuestras plegarias, olvidar no podemos estas palabras de Abraham: Hablaré á mi Señor, aunque sea yo polvo y ceniza. (3)

¿Con quién hablamos? Con Aquel gran Dios cuyo reino, es reino sempiterno, y á quien sirven y obedecen los reyes todos de la tierra; Rey de los siglos, inmortal é invisible. Mas con todo, esa grandeza y poder del Dios que nos ha criado, y nos tiene por sus hijos, en vez de llenarnos de terror, nos hace descansar confiada y dulcemente bajo la sombra de su amparo. Tememos, ciertamente, el ofenderlo; mas no por esto sentimos oprimi-

(1) Ps. cii, 8, et seq. (2) Unam é Dei nominibus. Dominos meos plurali numero significans; ut Adoni, Dominum meum, singulari numero. Calmet. Diccionar. (3) Gen. XVIII, 27.